

y con la muerte del Adelantado quedó la ciudad de Guadalajara con solos treinta soldados, porque los de D. Pedro de Alvarado se volvieron á Zapotlan; pero en esta afliccion y circunstancia tan critica en que se hallaban los vecinos de Guadalajara, proveyó Dios, porque á fines de Julio vino de México el capitan Diego Vazquez de Buendia bien despachado del señor virey, que envió sesenta hombres de á caballo, y por su capitan á Juan de Muncibay.

CAPITULO X.

PROVIDENCIAS DEL GOBERNADOR CRISTÓBAL DE OÑATE
 DESPUES DE LA MUERTE DEL ADELANTADO
 PARA LA DEFENSA DE LA CIUDAD DE GUADALAJARA:
 VICTORIA GRANDE DE LOS ESPAÑOLES
 EN DEFENSA DE LA CIUDAD, Y SE DA PARTE AL SEÑOR
 VIREY, QUIEN SE PREVIENE PARA IR A LA
 GUERRA DE JALISCO.

Despues de la desgraciada muerte del Adelantado Don Pedro de Alvarado, tuvo el dolor el Gobernador Oñate de ver la poca voluntad con que los soldados que habia traído dicho Adelantado, y eran como setenta los que habian quedado, querian servir en defensa de la ciudad; y así envió un correo al señor Virey para darle parte de la derrota del ejército del Adelantado y de su desgraciada muerte, y cómo tambien sus solda-

dos le habian dejado y se habian ido á las fronteras; y que tenía entendido que los capitanes que las guardaban las habian de desamparar, por cuyo motivo le suplicaba los detuviese, porque si se iban y desbarataban estos presidios, se seguiria la total destruccion de la Nueva España, pues cada dia crecia más el número de los indios rebelados, y con la victoria pasada estaban más altivos y orgullosos, y así de continuo esperaban á los indios alzados en la ciudad y se velaba con el mayor cuidado. Miéntas tanto llegaba este aviso al señor Virey, entró con el socorro pedido, á fines de Julio de este año de 1541, el capitán Juan de Muncibay, hidalgo muy honrado, y con su llegada respiró el Gobernador Oñate de la pena que le causó la retirada de los soldados del Adelantado. Este capitán fué despachado por el señor Virey con sesenta soldados escogidos de á caballo, y habiendo hecho buena diligencia, atravesó las tierras de los chichimecas hasta los confines de Jalisco, y con seguridad se habia entrado en Guadalajara; pero llegó á noticia de los indios el socorro que habia venido á Guadalajara, y con esto se alborotaron más y se alzaron los pocos pueblos que quedaban de paz en el Reino de Galicia, y acordaron el ir sobre la ciudad de Guadalajara con la fuerza de su ejército congregado, cuyo Capitan ge-

neral era el Cacique Tenamaztle, y su Teniente otro indio principal, llamado Don Francisco, natural de Nochiztlan, y desparramados en las cercanías de Guadalajara, talaban los campos y hacian muchísimo daño.

Quando recibió el señor Virey las tristes noticias que le participaba el Gobernador de Guadalajara, sintió grandemente la muerte del Adelantado porque le estimaba mucho por su gran valor, y porque se desbarataban los conciertos que habian hecho entrambos para descubrir por la mar del Sur tierras, y sobre todo las Islas de la Especería. Envió inmediatamente aviso á Guatemala de lo sucedido, y despachó correos á todas las fronteras adonde Don Pedro de Alvarado habia puesto presidios, mandando á los capitanes de ellos no hiciesen mudanza hasta que otra cosa se les ordenase, y que la armada se estuviese en el puerto, sin salir de allí hasta nueva determinacion; y así se ejecutó, conforme lo tenia suplicado el Gobernador Cristóbal de Oñate, quien tuvo el gusto de ver atendidas sus súplicas, segun se lo escribió su excelencia, encargándole que viviese con mucha vigilancia y no se descuidase un punto en la defensa de la ciudad, entretanto se disponia para ir en persona á sosegar las alteraciones de los naturales de aquel reino. Viendo el capitán Oñate que tenia ochenta y cinco hombres

con los de la compañía del capitán Muncibay, y que podía razonablemente atender á la defensa de la ciudad en caso de que viniesen los enemigos á sitiárla, se previno con tanto más cuidado, cuanto que ya tenía noticia de que los indios se concertaban para ir sobre la ciudad en todo Septiembre, y que también trataban de sublevarse y mover á otros á la rebelión los del río y valle de Juchipila hasta Jalpa, los del valle de Tlaltenango (de cabo á cabo), el valle de Nochiztlan y las naciones *yaques de Mitic y Acatic*, valle de Tlaxotlan y barrancas; y que todos, confederados, trataron (para que no se les escapasen los españoles de las manos) con los Caciques de Mazatlan á fin de que procurasen mover á que se alzasen los pueblos de Atemajac, Tonalá é Itzatlan que están en el paso del río, y todo para que los españoles no se pasasen hácia Compostela. Sabia igualmente que el Cacique de Mazatlan, guardando el orden que le dieron los confederados, habia ido al pueblo de Tonalá para hacer que se alzasen cuanto ántes, porque tenían resuelto que los *cascanes* fuesen á acometer á la ciudad por la parte contraria del camino que va á Tonalá y estuviesen prevenidos para cuando los españoles fuesen á favorecerse de ellos, caer todos juntos sobre los españoles, que sin duda acabarían, y así quedarían señores de la ciudad y de sus tier-

ras: á cuya proposición respondieron los de Tonalá, que eran amigos de los españoles y que no les convenia hacer esta traición; que no contentos los indios mensajeros con esta respuesta, se encaminaron para el pueblo de Atemajac, cuyo Cacique (llamado D. Juan de Saavedra) los recibió muy bien y entró en la conspiración de buena gana: de allí fueron á los pueblos de Tequiztlan y Copala, que vinieron en lo que deseaban; pero como entendieron que los naturales de estos pueblos no eran bastantes para coger á los españoles en el paso del río, y que el buen éxito de su negociación consistia en tener de su parte á los indios de Itzatlan, trataron con ellos, y su Cacique vino en ello; pero que otro indio principal, que se llamaba Don Francisco, luego que supo lo que se trataba en contra de los españoles, á quienes él queria, habia ido á reconvenir al Cacique sobre la palabra que habia dado de alzarse contra los españoles, diciéndole que él y los demás del pueblo no querian ser del número de los conspiradores; que lo que convenia era asegurar á los mensajeros de Mazatlan y llevarlos al Gobernador de la ciudad, para que los Caciques se cerciorasen con esta acción de la lealtad de su pueblo; y sin embargo del enojo del Cacique, emborrachó á los mensajeros, los prendió, y él en persona, con cien indios de guardia, los llevó ma-

niatados (que serian unos treinta) á la ciudad; y á la entrada, creyendo los españoles que era una escuadra de indios enemigos que hacian tentativa de reconocer las fuerzas de ella (puesto que los vieron armados), fueron destacados de orden del Gobernador algunos soldados de á caballo, mandados por el capitan Francisco Delgadillo; y conociendo ser los indios de Itzatlan, le preguntó el capitan al indio principal: ¿Por qué venis de guerra? ¿para qué es esto, D. Francisco? Respondióle: Señor, aquí traemos presos á estos indios de Mazatlan, porque nos venian á persuadir para que nos alzásemos y tomásemos el paso del río, con el fin de mataros allí; y porque nosotros no queremos ejecutar esta traicion, los traemos aquí; treinta son: esta es la verdad; y así, haced la justicia que os pareciere con estos traidores. Fueron presentados estos treinta indios al Gobernador, quien, sustanciada la causa, los mandó ahorcar y hacer cuartos para escarmiento de los demás, y tambien envió por los Caciques de Atemajac, Copala, Itzatlan y Tequitzitlan, y los más culpables de sus vasallos, que hizo ajusticiar despues de haber averiguado, en la confesion de su delito, el dia que los enemigos habian de venir sobre la ciudad.

Con este aviso, juntó el Gobernador á todos los Alcaldes, Regidores y vecinos principales de

la ciudad á cabildo abierto; pronuncióles un discurso propio á alentar los ánimos, el cual terminó diciéndoles: no tenemos de quien fiarnos, como veis, estando rodeados de tantos enemigos declarados, y aun nuestros indios amigos se han dejado seducir y están prontos á sacrificarnos en la mejor ocasion; y pues en esta ciudad hay muy buenas casas, escogerémos la mejor, y hágase una casa fuerte con sus troneras, y dispóngase de modo que con la artillería que hay se defiendan las cuatro calles principales, que conservando este fuerte y guardando la más rigurosa disciplina, nos podemos defender hasta que el señor Virey venga á nuestro socorro, como me lo ha prometido: haga cada uno su deber, y espero que será castigada la insolencia de nuestros enemigos.

Concluida esta sesion, formaron de las casas del capitan Juan del Camino, de Juan de Castañeda y del capitan Diego Vázquez, un fuerte cuadrado, dejando un gran patio dentro. Alzaron las paredes con adobe fuerte, hasta el alto de tres tapias; adentro colocaron sus barbacanas ó pontones de madera, para que con seguridad pudiesen pelear los soldados é indios amigos naborias, y á las dos esquinas levantaron dos torres con sus troneras, en tal arte, que guardaban dos calles y cogian todas las casas, y así se fabricó un fuer-

te al parecer suficiente para contener la furia de los rebeldes. Miéntras se prevenia todo lo necesario para la construccion del fuerte y se coronaba de artilleria, colocándola en los parajes más convenientes, acordó el Gobernador que saliesen el capitan Muncibay y Juan de Alvarado á contener á los indios con cincuenta soldados, determinado á quedarse con lo restante de la tropa en la guarda del fuerte. Encontraron estos capitanes muy cerca de Guadalajara el ejército de los indios enemigos, formando escuadrones con siete hombres en cada fila, distribuidos en tres columnas; cosa nunca vista entre aquellos bárbaros, que jamás guardaban disciplina, sino que á su usanza marchaban de tropel y amontonados. Iban todos embijados y desnudos, con sus arcos y flechas, y cada escuadron llevaba penachos de diversos colores. En la vanguardia iban los flecheros, y detrás los armados de porras y macanas de distintas formas, siendo muchas á manera de espadas cortantes de pedernal. Nuestros capitanes procuraron desordenarlos, combatiéndolos ya por los flancos, ya por las alas; pero esto tuvo poco efecto á causa de la multitud de ellos, mas al cabo de una hora ó poco más, no pudiendo los enemigos resistir ya al impetu y ligereza de los caballos, comenzaron á ceder y volvieron las espaldas, yéndose fugitivos á los

bosques y sementeras de la comarca. Siguiéronles el alcance nuestros soldados un poco de tiempo, pero al fin se conformaron con haberlos desbaratado y puesto en fuga. Quedaron muertos en esta accion como mil indios, y se hicieron muchos prisioneros, los cuales (examinados) dijeron que todo el reino estaba alzado y confederado, y que ciertamente volverian todos los indios unidos á poner el sitio á la ciudad de Guadalajara y de su fuerte para echar á los españoles de su tierra. Volvieron triunfantes nuestros soldados á la ciudad, y sus gefes dieron noticia al Gobernador D. Cristóbal de Oñate de lo sucedido, y cómo los enemigos intentaban venir sobre la ciudad.

Previnose el Gobernador para esperarlos, ordenando que de dia y de noche hubiese guardia de soldados y gente de á caballo que rondase así en la villa como por los caminos, hasta que (vispera de la fiesta de S. Miguel de este año de 1541, yendo Pedro de Plasencia con su gente y muchos amigos á hacer el forraje preciso) divisó desde una altura que los montes y valles circunvecinos estaban cubiertos de indios enemigos que venian á tomar la entrada y salida de la ciudad para sitiaria, no teniendo más que esta entrada, pues lo demás de su circuito era peña tajada sobre el rio grande. Retiróse Plasencia con su gente, marchando por detrás los enemigos sin hacer ruido

para no ser sentidos; y cuando bajó Plasencia por la loma que hace descanso para llegar á la ciudad, vió mayor número de enemigos de los que habia visto, que venían de por Juchipila para reunirse todos en este puesto, distante de la ciudad como un cuarto de legua. Inmediatamente apresuró el paso Plasencia con su destacamento, y á todo correr se apresuró á ir avisar al Gobernador, quien mandó tocar alarma y montó á caballo para sin pérdida de tiempo disponerse á la defensa. Quedaron todas las casas de la ciudad cerradas, y se recogieron todos los vecinos (hombres y mujeres) en el fuerte. Puso en cada una de las dos puertas principales del fuerte diez soldados de centinela, con un capitan, y les mandó que (so pena de la vida) no dejasen entrar ni salir á nadie sin su licencia. Señaló la gente de á pié que habia, en ciertos parajes, de guardar el fuerte, y reservó treinta hombres de á caballo, armados de todo punto, dándoles por capitan á Juan de Muncibay, oficial de mérito, para ocurrir por dentro y fuera á la defensa del fuerte.

Estando todo bien ordenado, esperando á los indios con mucho concierto, se entraron éstos como á las diez ú once del dia en la ciudad, muy galanes y bien armados con sus arcos y macanas, rodelas y lanzas arrojadizas; y era tanta su multitud, que ocupaban como média legua

alrededor de la única entrada de la ciudad, y no se veía más que indios desnudos y embijados, cuyo murmullo causaba pavor. Entró primero un escuadron de doscientos enemigos para reconocer la entrada, no atreviéndose á entrar de golpe por no ser sorprendidos; y viendo las casas cerradas, entraron bailando y cantando á pasear por las calles de la ciudad, y lo primero que hicieron fué saquear la iglesia y profanarla: despues la quemaron y pegaron fuego á las casas de la ciudad; y pareciéndoles que con la misma facilidad se harian dueños del fuerte, le combatieron con tal ímpetu, ayudados de otros indios que se les iban agregando, que se creyó no podria nuestra tropa resistirles; pero recibieronlos muy bien los nuestros, defendiendo cada uno su puesto con mucho valor é inteligencia, de tal suerte que los hicieron retirar. Mandó el Gobernador que se estuviesen quietos sin hacer mudanza, pues como no sabian los indios el arte de combatir plazas ni fuertes, en breve destruirian su furia. En una de las diversas acometidas que hicieron los enemigos, se entró por una de las puertas un indio, que por el cuerpo parecia un gigante, peleando con todos valerosamente, y los guardas cerraron las puertas y lo aseguraron sin quererlo matar, de lástima; pero si es verdad lo que dice el manuscrito de Tello,

quiso una mujer valerosa, llamada Beatriz Hernández pelear con él, y echando mano del terciado, le dió una cuchillada en la cabeza y dió con él en tierra, y poniéndole el pié en el pescuezo, á estocadas le mató. En esto los enemigos acometieron por la espalda del fuerte, y empezaron, ayudados de su misma multitud, á minar las paredes, con tanta prontitud, que derribaron un lienzo de la casa, sin que se les pudiese estorbar, porque no pudo jugar la artillería por haberse cortado el artillero; pero acudió el Gobernador en persona, y se disparó un tiro de artillería con tanto acierto, que no quedó indio minador á vida, y con este estrago desampararon los demás la calle, dejando el fuerte libre por este lado que iban ya ganando, sin que osasen llegar más á él. Prosiguió el fuego de nuestra artillería, causando tanto temor y espanto en los enemigos, que se observó de repente un gran silencio en ellos, siendo su costumbre hacer los avances á gritos y dando fuertes alaridos. Fué á saber la causa el Gobernador, bien armado con su espada y rodela, y descubrió el estrago que habia hecho su artillería en los enemigos. Entonces, animando á su gente y pareciéndole que era preciso aprovecharse de la ocasion con que les brindaba el terror que veía en los indios, congregó sus soldados y capitanes, y principalmente á

los de á caballo mandó que se armasen porque importaba salir á ofender los contrarios sin dar lugar á rehacerse. Formó tres cuadrillas, compuesta cada una de diez soldados, dándoles por capitán á Juan de Muncibay, que era buen ginetete y animoso, y mandó que saliesen por una puerta y volviesen á entrar por la otra, y que á su seguimiento se agregasen los demás ganando tierra, y acometiesen sin dar cuartel á ningun enemigo, matando á cuantos se les resistiesen; previniendo que los soldados de á pié guardasen el Fuerte, y no dejasen entrar por las puertas algunos enemigos que podian intentar forzarlas para evitar el tropel de los caballos. Dejó al cuidado del capitán Diego Velazquez, que con diez soldados defendiese las mujeres en el centro del Fuerte, y ordenó expresamente á los soldados que guardaban las puertas no dejasen salir de ninguna manera á los soldados de á pié.

Estando todo á punto mandó D. Cristóbal de Oñate que saliesen los diez soldados de caballería de la primera cuadrilla, y que ántes se disparase un tiro de artillería, que barrió una porcion de indios enemigos, que amontonados estaban en la calle con ademan de dar el avance, y la caballería luego fué rompiendo por en frente de la iglesia, haciendo gran matanza, y se volvieron á entrar por la otra puerta de la esquina é

inmediatamente salió la otra cuadrilla abriéndose camino con la espada en la mano hasta la plaza mayor haciendo igual carnicería que el primer destacamento, y al volver á entrar por las puertas del Fuerte cayó del caballo Francisco de Orozco, por haber tropezado sobre unas vigas mal puestas sobre un caño de agua, y los indios alzados que le vieron caído, atropellando mil peligros le embistieron y le mataron cruelmente, dándole cada cual su tajada, y el caballo desbocado se metió entre los enemigos. Mucho se condeoló nuestra gente de esta desgracia porque era buen soldado y estimado. Entónces juntó el gobernador toda su caballería, y dando el Santiago embistió á los rebeldes con tanto ardor y teson, que en un instante no quedó enemigo en la ciudad. La infantería no dió cuartel tampoco á los indios de á pié, y en esta funcion sin duda peleó el cielo á nuestro favor porque las plazas y calles de la ciudad estaban llenas de cadáveres, y corrian arroyos de sangre, segun la multitud de indios que murieron así en el ataque del Fuerte como en su retirada de la ciudad; y habiendo mandado el gobernador tocar á recoger, se reconoció que más de cincuenta mil indios fueron los que se confederaron para venir sobre la ciudad. Duró la batalla tres horas y murieron en ella más de quince mil indios, y de los nuestros hubo algunos heri-

dos, y no faltó mas de uno que fué Orozco. Atribuyóse, con razon, esta singular victoria y libertad de la ciudad á la proteccion particular del apóstol Santiago, patron de la antigua y nueva Galicia; y no hay que dudar de este superior amparo, atendido el corto número de nuestra tropa y la ventaja de los enemigos que eran innumerables, y poseidos del furor que engendra el amor de la libertad y el deseo de sacudir el yugo de sus encomenderos que se les habia hecho insupportable. Dice el manuscrito de Tello que así que se recogió el campo, todos se fueron por la ciudad á ver sus casas, y hallaron en ellas gran cantidad de indios escondidos, y preguntados que ¿por qué habian escondidose en ellas? dijeron que de miedo, porque cuando pegaron fuego á la iglesia, salió de en medio de ella un hombre montado en un caballo blanco con una espada desenvainada en la mano derecha, acompañado de mucha gente de guerra, y que cuando salieron los españoles del Fuerte para dar sobre sus confederados con toda su caballería, vieron que aquel hombre con su gente andaba entre ellos peleando y cegando los suyos. De este prodigio se acuerdan aun en el dia los indios de la Galicia, y en sus pueblos representan cada año sus circunstancias con demostraciones festivas. Mandó el gobernador traer todos aquellos indios que